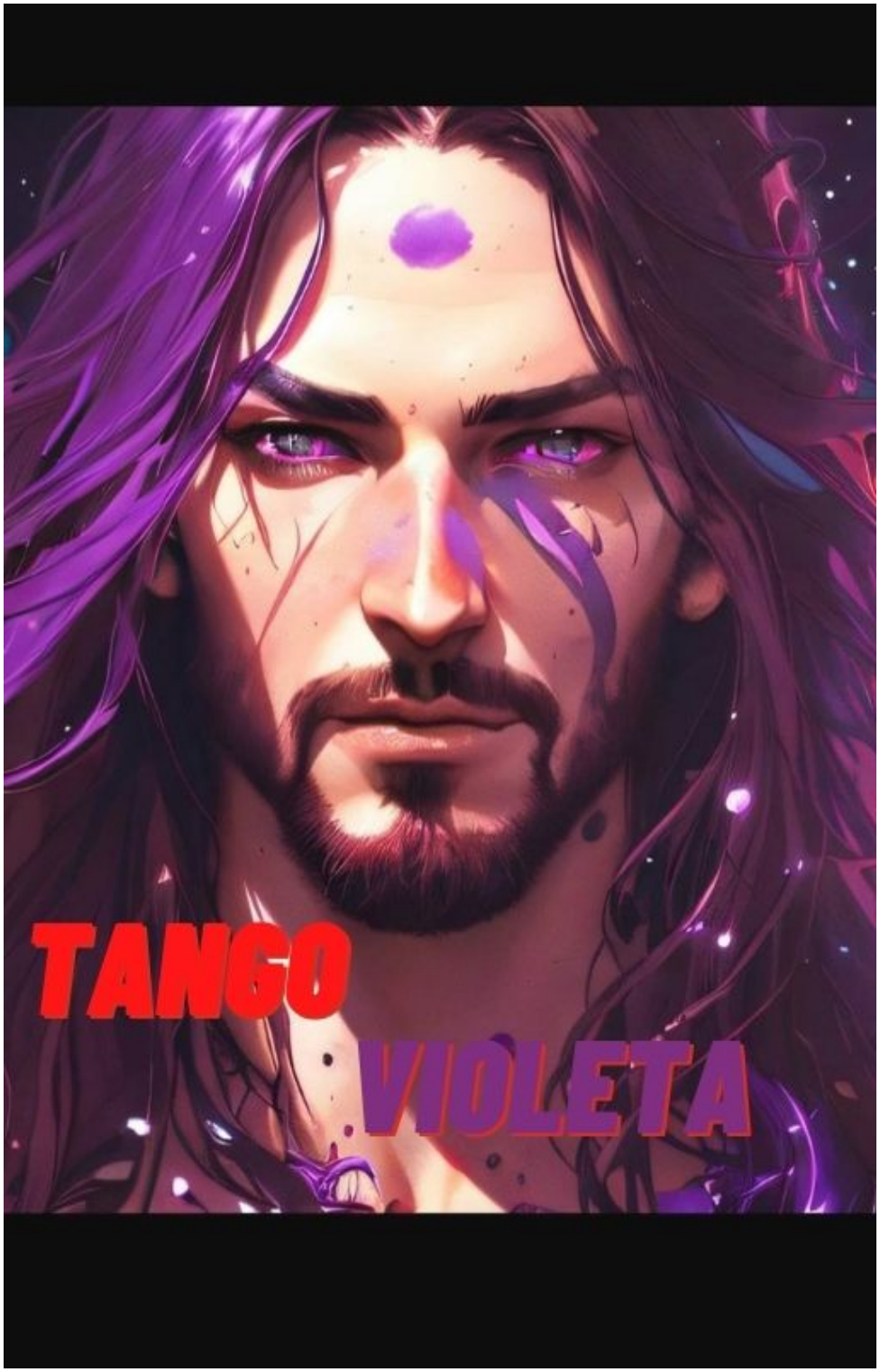
Tango Violeta

Rafael Medina



Capítulo 1

El infinito en su mirada

Capítulo I

Cuando lo vi allí tirado, lo primero que pensé fue en un ángel. Esa figura tan esbelta, y pálida; aquellos largos rizos castaños me cautivaron. Ni siquiera el mejor pintor de la tierra habría sido capaz de retratar debidamente su divina figura. Ni la sangre, ni los hematomas en su cuerpo pudieron opacar su innatural belleza. Las relucientes partículas que brillaban a su alrededor hacían parecer que hubiera descendido de las mismas estrellas, dándole un aspecto celestial.

Aunque, había algo que ni su impoluto rostro, o sus perfectas proporciones, podían esconder, y eso era el hecho de que su cabeza estaba separada de su cuerpo. Esta reposaba en la cima de aquella pila de basura. Su radiante apariencia me hizo obviarlo al principio.

No obstante, eso no fue lo que inundó de escalofríos mi columna. No, lo que en verdad me aterró hasta lo más profundo de mi ser, fueron sus violetas pupilas observándome fijamente.

…

Unas horas antes me encontraba bastante apurada dándole de comer a mis gatos, porque iba tarde a mi primera clase. A Sarnoso le gustan los sobrecitos, pero solo sin el pegajoso jugo con el que vienen. Para que se digne a comer, primero debo servírselo en su tazón, y luego colárselo con la mano, de lo contrario “Su Majestad” se niega a dar un solo bocado.

Desgraciadamente, no es el más quisquilloso de los tres. Ese título se lo ganó por mucho Naranja, puesto voltea su tazón si no le sirvo su atún primero que a los demás. Siempre trató de levantarme temprano para cumplir con las exigencias culinarias de mis mascotas con tiempo, pero

hoy las sábanas me abrazaron de forma tan apasionada, que no pude, ni quise liberarme cuando sonó mi alarma.

La ventaja de vivir en un apartamento tan pequeño es que puedo regresar a buscar lo que olvide en mi cuarto dando diez pasos. En el camino, casi me quedo sin dientes por esquivar a la Gorda. Esa maldita gata siempre se queda dormida donde sea, y mientras más inoportuna pueda ser, más a gusto se queda.

Tras recoger mi bolso de encima de la cama, me precipité al baño. Allí encontré mi rostro delante del espejo, y con suma prisa acentué mis atributos con algo de maquillaje. Nada muy exótico, solo lo esencial para no sentir que me estoy tirando a morir. Intentó no esforzarme mucho, de cualquier forma, no hay cosmético alguno que arregle este desastre donde tengo incrustados los ojos; la tinta negruzca que cubre mis pupilas se ve tan apagada desde hace ya un tiempo.

¿Y mi cabello?

Pues otro tinte no fue la solución, el cobrizo de la última vez no me ayudó en lo absoluto, es más…

¿Qué estaba pensando?

No resalta nada el aperlado cuero que me traigo.

- Quizás sea momento de volver al negro. – Me dije a mí misma antes de recogerme el cabello.

Todavía no encuentro el atuendo idóneo que acentúe mi figura. Estas piernas delgadas no lucen los pantalones, y no ayuda en nada esta maldita falta de cadera. No tenía tiempo para complicarme, por lo que solo cogí lo primero que vi.

Salí del apartamento con unos jeans azules, una camisa de cuadros que me disimulaba bien el abdomen, y una chaqueta de cuero café a juego con mis botines. Los escalones desde el segundo piso resonaron con mis apresurados pasos hasta que llegue a la planta baja, donde por poco le paso por encima a una vieja que barría el corredor frente a su puerta. No perdí mucho tiempo dando los buenos días, puesto tan pronto rodee a la señora, retome mi ligero trote hacia la calle.

El cielo nublado no hizo más ameno el camino hasta la universidad, aunque ciertamente daba igual si hubiera hecho el día más soleado de la

historia, habría tenido la misma triste expresión. Después de todo, lo que me amargaba no era el camino, sino el destino.

Estudiar finanzas me succionaba casi toda la dopamina del cerebro, y la que me quedaba después de derecho mercantil, me lo arrebataba mi trabajo a medio tiempo en el bar. Lo único bueno en medio de toda esa agonía, sin duda, era Maeve.

- Te juro que, si no golpeas a ese idiota, lo voy a hacer yo. – Me dijo Maeve envuelta en una repentina cólera.

Esa pelirroja es mi única amiga en el mundo. Venimos hablando desde la preparatoria, y es algo así como la voz de mi consciencia, puesto no tiene pelos en la lengua para decirme las cosas; no sé qué sería de mí sin ella.

- Ya lo hablé con él. – Intente aplacarla aun sabiendo lo inútil que sería. – Me dijo que…

- Que era tu culpa. – Me atajó Maeve inquisitivamente.

- No lo puso así…

- Maldición, ¡claro que sí! Conozco bien a ese infeliz. Es una víctima profesional.

A Maeve no le cae bien mi novio, y no desaprovecha ninguna oportunidad para recordármelo. Roland puede ser complicado a veces, pero estamos trabajando en eso.

- No te cuento estas cosas para que le agarres manía, ¿sabes? – Le dije luego de soltar un pequeño suspiro.

- Entonces no me las cuentes, Kat. – Replicó ella mirándome directo a los ojos. – Porque cada vez que me hablas de él, más quiero estrangularlo.

No fui capaz de decirle nada, enmudecí por completo, y bajé la mirada arrepentida. Maeve resopló por la nariz bruscamente, antes de despedirse y partir hacia su siguiente clase. Sus palabras suelen calarme en ocasiones, sin embargo, nunca he sido capaz de confrontarla al respecto. La verdad es que tengo miedo de como pueda llegar a reaccionar con lo impulsiva que es cuando se altera. No quiero ni siquiera pensar en que, por un malentendido, esta deje de hablarme.

En el salón de clases los minutos se hacen tan largos, que me pareciera estar en venus y no en la tierra. No puedo centrar mi atención en esos malditos números; tantas definiciones pasan volando por mi cabeza, pero ninguna se toma la molestia de aterrizar. La comprensión me evita, y la frustración me carcome las entrañas, ¿Cómo puedo ser tan estúpida? Son cosas tan simples, pero por más esfuerzo que ponga de mi parte, nunca termino de entender. Lo único que hago es voltear a ver mi reloj una y otra vez, ansiando que ese suplicio llegue a su final.

No entré a mi última clase, tampoco busqué a Maeve en el sitio a donde íbamos a fumar entre clases, simplemente decidí esfumarme. Salí de la universidad ignorando por completo esa leve llovizna, y sin un mejor sitio al que ir, puse rumbo hacia el bar.

Desde hace dos años, siempre tomo el mismo camino de la universidad al trabajo, y nunca he tenido sorpresas en el trayecto. Siempre me detengo en el mismo cruce peatonal a esperar por mi luz para cruzar; a un lado está la cafetería a la que solemos ir Roland y yo los domingos, donde suelen presentarse esos grupos alternativos que a este tanto le gustan. Mis gustos musicales son mucho menos excéntricos, aunque en Irlanda son bastante inusuales. Ese gusto por el tango clásico se lo debo atribuir sin duda alguna a mi madre, que me bombardeo con Julio Sosa y su maldita orquesta hasta que aprendí a tararear todos sus discos.

Algunos charcos después alcancé mi destino, ese barecito tan concurrido dispuesto en una esquina; el color rojo de su fachada era difícil de ignorar, así como las prominentes letras en dorado encima de la puerta: "La Estrella Roja". Aquel nombre no tenía ninguna implicación política, ni tampoco ningún significado controversial, era tan solo el nombre que mis abuelos escogieron durante una noche de borrachera, cuando estaban más jóvenes. El interior del local es bastante acogedor, y su diseño hogareño hace que cualquier se sienta bienvenido tan pronto cruza el umbral de la puerta, no obstante, yo jamás he llegado a sentir que sus entrañas me reciben con un cálido abrazo.

- ¿Katia? ¿Qué haces aquí? Todavía es muy temprano. – Me interrogó mi abuelo, tan pronto me vio abrir la puerta.

Al fondo del local, justo tras una barra repleta de húmedos tarros de cristal, estaba su viejo echándose el primer trago del día. Su abuelo, así como lo fue su padre, es un hombre robusto, con brazos anchos, y espesa barba negra. No tiene un solo cabello en su cabeza, pero lo esconde bien con su característica gorra irlandesa. Es un individuo de pocos atuendos, por lo que siempre se le ve con una ajustada playera blanca, acompañada de unos tirantes negros, que sujeta a un pantalón casual del mismo color.

- No tuve mi última clase. – Mentí sin mucho reparo.

Me acerqué hacia la barra para tomar asiento en uno de esos viejos taburetes, haciéndolo rechinar ruidosamente. Deje mi mochila en el asiento a mi izquierda, y justo después mi abuelo me acercó un tarro de espumosa cerveza. Ni siquiera me lo pensé para mandarme el primer trago con la misma voracidad que cualquier vikingo que se respetara.

- ¿Pasa algo, mi duendecita? – Fue la pregunta que me lanzó luego de acompañarme con su bebida.

- Ha sido un día largo.

- Y que lo digas, apenas termine de acomodar las paredes. Creo que esta vez sí se va a quedar así. – Exclamó su viejo orgulloso.

Las paredes del local eran de un color verde bastante oscuro, sin embargo, muy pocos sabían eso, puesto incontables decoraciones las cubrían. Desde cosas convencionales como cuadros con fotos bastante viejas, hasta curiosidades como cabezas disecadas de animales, e incluso un timón de madera; a sus abuelos les costaba tirar las cosas, por lo que, en lugar de tenerlas almacenadas en su bodega, decidieron disponerlas por cada centímetro cuadrado del bar.

- Vaya, finalmente Brian le ganó su lugar a Oscar. – Mencione mientras señalaba a la barracuda disecada que colgaba junto a los baños. – Y hablando de este último, ¿Dónde lo pusiste?

- Lo moví de regreso al cuarto. Creo que va mejor con la nueva decoración que tengo en mente.

- Si…

Oscar es un horrendo rape abisal disecado tan grande como un pitbull, que de pequeña solía darme pesadillas. En más de una ocasión estuve tentada a tirarlo, pero siempre me arrepiento en el último instante al imaginar lo triste que se pondría mi abuelo. Es una alegría saber que no tendré que verlo por una temporada; me avergüenza reconocer lo mucho que me asustaba verlo de noche, cuando me toca cerrar.

Mi abuelo y yo hicimos un brindis por esos horribles peces, y justo antes de que pudiera acercar el tarro a mis labios, un escalofrío familiar me erizó la nuca. Por la puerta principal del bar, entró mi abuela cargando una caja llena de botellas. Cuando sus claras pupilas celestes me enfocaron, pude sentir como su mirada me atravesó la cabeza.

- Tan linda allí sentada. – Espetó esa corpulenta vieja.

- Todavía no es su hora, querida. – Trató de defenderme mi abuelo.

- Tú cállate, y ve a la camioneta por lo demás. – Le replicó su mujer luego de chasquear la lengua.

No hubo protesta de su parte, en su lugar el imponente viejo hizo alarde de una astuta obediencia, y se levantó para salir del bar, dejándonos en medio de un incómodo silencio. Después de un instante, yo también me acerqué a prestar ayuda, tratando de denotar buena disposición en mi expresión.

- ¿Te ayudo con esa caja, abuela?

- No, ¿Cómo crees? Deja que la anciana de setenta años lleve la mercancía a la bodega. – Respondió ella con una mezcla entre sarcasmo y educación. – Sin duda eso ayudará a mi columna desviada.

Esos sesenta y pico de años no se le notaban por ningún lado, se veía incluso en mejor forma que yo. Caderas anchas que resaltaban en sus vaqueros celestes, y hombros tan gruesos que apretaban las mangas de su camisa blanca; probablemente podía cargarme todo el camino hasta la bodega sin problema alguno. Lo único que delataba su vejez eran las canas en su corta cabellera, la cual cubría con una vieja bandana verde.

- ¿No deberías estar en la escuela? – Me preguntó mientras cargaba la caja hacia la barra.

- No tuve mi última clase.

- Mientes igual de bien que tu abuelo cuando está borracho.

Volví a enmudecer, y bajé la mirada apenada.

- Lo único bueno que te dejó esa mujer fue tu educación. – Continuó diciendo con aspereza. – No la desperdicies, Katia.

Apreté los puños, y sentí un horrible nudo en la garganta. Odio tanto ese tono tan despectivo con el que siempre se refiere a mi madre, no obstante, no le dije nada, y me limite a asentir sumisamente.

El resto de mi jornada no se hizo más amena.

Haga lo que haga, ella no quita esa decepcionada mirada, alimentando mi inseguridad. No soy capaz de llevar la bandeja derecha, ni de tomar las órdenes de manera correcta; mi cabeza trata de irse a otra parte, mientras que mi cuerpo va de un lado a otro en el local, casi de forma automática. No dejo de pensar en mi madre, y ese profundo pesar que anido en mi pecho el día de su partida, me destroza por dentro.

Cerramos temprano esa noche. Eran apenas las diez cuando me encontraba recorriendo esa desolada calle, iluminada vagamente por la intermitente luz de unas farolas. Era el mismo trayecto que siempre agarraba para volver al apartamento; jamás tomaba atajos, o caminos más concurridos, pese a que los había, y eso era debido a una única razón, por ahí paso a través de esa pequeña plaza frente a la iglesia. Ese fue el último lugar donde vi a mi padre, antes de que desapareciera. No hubo llamadas, ni cartas, mucho menos algún rastro, fue como si se hubiera desvanecido en el aire. Su ausencia me dolió bastante, pero la más afectada tuvo que ser mi madre, quien se dejó consumir por su enfermedad, hasta que finalmente se la llevó también de mi lado.

Me gusta pensar que él nunca se fue. Todos los días cuando recorro esta plaza, pienso que estará ahí sentado en esa misma banca, sonriéndome. Quiero creer que jamás nos dejó, y estuvo junto a mi madre hasta el día de su muerte. Imaginó que espera por mi todos los días en ese sitio, para acompañarme de vuelta a casa, sin embargo, cuando dejo la plaza a mis espaldas, siempre me encuentro caminando sola.

A unas cuadras de llegar al apartamento, esa maldita llovizna regresó. No quería seguir mojándome, por lo que apresure el paso cubriéndome con mi mochila. Llevó cuatro años enteros siguiendo esa misma ruta sin desviarme un solo metro. Reconozco cada recoveco a mi alrededor, y si supiera pintar, podría retratar al detalle cada una de las casas a mi paso. Por eso, no pude pasar por alto a ese hombre, que salía por completo de la monotonía que estaba acostumbrada a presenciar.

Al girar en dirección a ese callejón, lo vi tirado en esa pila de basura, que ya llevaba varias semanas acumulándose ahí. Sus largos rizos castaños brillaban de una forma hipnótica, y su falta de prendas superiores realzaba cada una de sus preciosas fibras musculares. Me quedé perdida en su perfecta fisionomía; absorta en lo irreal de su existencia. Su belleza deslumbraba, inclusive cubierto de sangre y rodeado de inmundicia. Era un ángel caído del cielo.

- Por favor… ayúdame. – Lo vi mover sus labios, entonando aquellas palabras con una voz suave y cálida; sus ojos violetas cautivaron mi

corazón.

Instantes después, me di cuenta de que su cabeza no estaba conectada con su cuerpo, sin embargo, seguía parpadeando, y una de sus manos la extendió hacia mí.

- Tienes que ayudarme. – Se repitió.

Su mirada me deslumbró.

Todo mi cuerpo quedó paralizado, y sentí que me había quedado sin aliento.

Mi existencia misma se detuvo cuando contemple, el infinito en su mirada.

Capítulo 2

Al otro lado de la puerta

Capítulo II

No tenía control alguno sobre mis acciones, era como si mi cuerpo se estuviera moviendo por cuenta propia.

Me acerqué hasta su cabeza, y con sumo cuidado la levanté, sujetándola con ambas manos. Por un largo instante me perdí en sus antinaturales pupilas, hasta que volví a escuchar su voz; era profunda e imponente.

– Llévame contigo. – Me ordenó sin apartar esos brillantes orbes violetas de los míos.

Por más extraño que se sintiera todo aquello, no protesté. Lo ayudé a levantar, dejando que su cuerpo me usara como apoyo para caminar.

Abrazaba su cabeza contra mi pecho, y sujetaba su cuerpo de la cintura, sintiendo todo su peso, a la vez que me embarraba con la sangre de sus heridas. Era sumamente alto, con facilidad debía de alcanzar los dos metros, o al menos eso me pareció mientras hacia el esfuerzo por mantenerlo derecho en su andar. Su piel se sentía demasiado helada, tanto que empezaba a calarme, no obstante, en ningún momento pensé en siquiera soltarlo; ninguna de mis fibras musculares me lo permitió.

El trayecto hasta mi apartamento se me hizo eterno. Para cuando alcance las proximidades del portón principal ya estaba jadeando, y todos mis músculos ardían por el esfuerzo físico. Fue un milagro que no hubiera nadie en los alrededores. Sin duda alguna la peor parte fue tener que subirlo por las escaleras, puesto él no me estaba ayudando para nada. Nunca en mi vida me había sentido tan exhausta, ni siquiera aquella vez que nade de corrido siete kilómetros me dejó tan acabada como en ese momento, y aun así, seguia ignorando todas esas señales de dolor que llegaban a mi cerebro.

En el instante que alcanzamos la puerta de mi apartamento, mi cuerpo tuvo que colapsar. Mis rodillas se estrellaron sin consideración alguna contra el suelo, y por muy poco suelto su cabeza. Sin el exorbitante peso de su cuerpo arreguindado del mío, pude buscar la llave en mi bolsillo

para abrir la puerta con tanta premura como mi fatiga me lo permitió.

– ¿Ahora qué? – Le pregunté, estando todavía de rodillas.

– Necesito… descansar.

Su voz se escuchaba sumamente apagada; aquel recorrido debió ser igual de agotante para él.

Sin pararme a cuestionar nada, me metí a mi apartamento, rodeando su cabeza con ambos brazos, como si se tratara de algo frágil. Detrás de mi venia el resto de su cuerpo, que avanzaba a gatas, ensuciando con su sangre la madera del suelo. La Gorda, que estaba durmiendo plácidamente en medio del corredor, pegó un brinco al sentir a ese intruso abriéndose paso a rastras; tanto ella, como el resto de mis felinos reaccionaron arqueando sus espaldas, y gruñendo de una forma que jamás había visto.

Estaban aterrorizados.

Luego de entrar a mi habitación, me apresuré para llevar la cabeza hasta mi cama, donde la recosté con bastante cuidado sobre una de mis tantas almohadas; el resto de su cuerpo no tardó en encaramarse sobre el colchón, salpicando de rojo mis sabanas moradas; era tan alto, que apenas si cabía. Se recostó pecho arriba, acercando sus hombros tanto como pudo a su cercenado cuello, y posteriormente se quedó completamente inmóvil.

– Artio…Colosalis. – Fueron sus ultimas palabras, antes de dejar caer sus parpados.

Acto seguido, justo frente a mis ojos, una especie de cristal comenzó a emerger de su fornido abdomen. Brillaba con la fuerza de un faro, encandilándome de primeras. Los colores que desprendían esas luces jamás en mi vida los hubiera podido imaginar; tan hermosos e irreales, eran un siniestro espectáculo llegado de los confines más inhóspitos de lo desconocido. Pese a lo extraordinario que fue, no duró demasiado, y para cuando el brillo desapareció, su recuerdo se borró de mi consciencia. Fue como si hubiera sido solo un sueño que quedo olvidado en los más profundos rincones de mi inconsciente.

Lo que quedo en la cama me produjo escalofríos.

Era una especie de capullo cristalizado, que palpitaba al ritmo de un corazón. Cubría por completo la cama, y brillaba ocasionalmente, produciendo un suave gemido.

Parecía sacado de una horrenda novela de ciencia ficción.

¿Qué es lo que había hecho?

No hacia otra cosa que hacerme esa misma pregunta una y otra vez, cada que me asomaba por la puerta para ver de nuevo aquel capullo.

Desde entonces Sarnoso no ha bajado del refrigerador; la Gorda no deja de mirar a mi cuarto desde el sofá de la sala, y Naranja no se me despega en ningún momento, aunque se muestra precavido de acercarse al cuarto.

¿Qué diablos fue lo que metí al departamento?

Esa era la pregunta que me seguia haciendo constantemente, mientras daba vueltas de un lado a otro.

Ya era medianoche, y yo estaba muy lejos de poder conciliar el sueño. Las manecillas del reloj colgado en la pared de la cocina parecen estar estáticas cada vez que me giro a verlas. No paro de mirar mi celular una y otra vez, tratando de pensar…

¿Qué carajos debería de hacer?

Esa es la cuestión. No puedo solo recostarme en el sofá y pretender que no paso nada.

La verdad es que tengo miedo.

Llamar a alguien no era una opción, después de todo, explicar mi situación no iba a ser tarea sencilla; ya era bastante tarde, y con una historia así de desquiciada, lo único que podía ganarme era un recordatorio de mi progenitora.

Intentaba racionalizar todo aquello, pero cada vez que volvía a mirar esa abominación que se retorcía en mi colchón, me volvía a poner histérica. En cierto punto, no pude evitar pensar en Kafka y su libro de la Metamorfosis.

¿Qué haría si de ese capullo saliera aquel hombre convertido en un artrópodo espacial?

Bien podría ser su primera comida. Devoraría mi cabeza y metería sus huevos en mis entrañas sin que pudiera hacer nada para evitarlo. La sola idea de convertirme en un insumo extraterrestre me produjo nauseas, sin embargo, lo que mas me preocupó, es que pudiera lastimar a mis gatos.

Sarnoso siempre podía volver a las calles, pero Naranja y la Gorda no podrían sobrevivir por su cuenta. Pensé muy seriamente en llevárselos a Maeve, aunque dudaba bastante que estuviera dispuesta a cuidarlos sin una razón válida.

En medio de mis turbias divagaciones, escuché el timbre del teléfono de mi apartamento. Me extrañó bastante en un principio, puesto nadie solía llamarme a ese número. Sin nada mejor que hacer además de sucumbir ante la ansiedad, decidí contestar.

– ¿Katia? ¿Eres tú? ¿Estas bien? – Escuché la profunda voz de mi novio al otro lado.

– ¿Roland? ¿Por qué me llamas aquí?

– Por que no contestas tu celular. Te he estado llamando toda la noche. Me tenías preocupado.

Instintivamente me llevé la mano al bolsillo de mi pantalón, solo para darme cuenta que mi celular no estaba allí. En otro momento aquello me habría detenido el corazón, pero con asuntos más importantes gestándose en mi dormitorio, poca atención le di.

– Discúlpame, yo… creo que lo perdí de camino al apartamento. – Le dije a Roland, mientras se frotaba la cara.

– No pasa nada, me alegra saber que estas bien.

Mi relación con Roland no esta en su mejor momento, sin embargo, deseaba con todas mis fuerzas pedirle ayuda.

– Si… estoy bien. – Solté casi murmurando. – ¿Cómo estuvo el programa hoy?

– Maravilloso, no tienes una idea. Tuvimos muy buena recepción con la dinámica confesiones anónimas, ¿no lo escuchaste?

A diferencia de mí, Roland siempre ha tenido un toque mágico con las palabras, por algo es el locutor estrella de la radio de la universidad. Su voz cautiva a todo el que alcanza, y sin importar lo que este diciendo, lo hace parecer la historia más interesante del mundo. Bueno, al menos así fue mi caso cuando lo conocí en la preparatoria.

– No tuve oportunidad. Mi…abuela no me dejó ponerlo en la radio del bar. – Mentí lo mejor que pude.

– Pues te perdiste de la mejor sección que hemos tenido en meses. Las confesiones que nos llegaban eran oro puro. Hubo una que escribió sobre

la infidelidad que estaba teniendo con su nuevo padrastro…

Roland estaba hablándome, pero yo no estaba escuchando. Todo lo que ocupaba mi cabeza eran los antinaturales sonidos provenientes de mi dormitorio. No sabía ya que sentir al respecto, estaba siendo devorada por el miedo y la incertidumbre de no saber a quien contarle semejante locura.

– Oye, ¿si me estas escuchando? – De pronto su voz me sacó de aquel trance.

– Si, si te estoy escuchando… es solo que, estoy algo exhausta. Fue un largo día.

– ¿Enserio? ¿Qué fue lo que hiciste?

– Muchas… vueltas en el trabajo. – Traté de clavar aquella mentira lo mejor que pude.

– Katia, sabes que puedes decirme si te pasa algo, ¿no?

A diferencia de mi pareja, a mi no se me da bien mentir. Además, Roland tiene un talento descomunal para leer a las personas, y puede saber de inmediato cuando algo no cuadra.

– Lo sé, lo sé. – Dije eso tratando de creérmelo.

– De verdad quiero que estemos bien, pero si no hablas conmigo, da igual cuanto me esfuerce, seguiremos sin avanzar, o ¿es acaso que tu no quieres?

– ¡Claro que sí! – Largué con un patético nudo en la garganta. – No quiero que estemos mal.

No quiero estar sola.

– Y yo tampoco, entonces lo lógico es que los dos pongamos de nuestra parte, ¿no te parece?

– Si…

– No siento que estes bien, Katia. ¿No quieres que pase por allá? Tengo unos chocolates que…

– ¡No! – Exclamé repentinamente sin darme cuenta. – No… no tienes por qué. Solo ocupo dormir. Eso es todo.

– Muy bien. – Replicó Roland nada convencido. – Como tú quieras. Serán más chocolates para mí.

– ¿Son de nuez?

– Eran. – Respondió con la boca llena. – Me los mandó mi mamá. Una caja entera.

Una ligera sonrisa me iluminó el rostro por un instante, pero rápidamente mi semblante volvió a ensombrecerse.

– Bueno, me hiciste un favor. Ya sabes que no tengo control con esos condenados chocolates.

– Alguien tenia que sacrificarse. – Bromeó este antes de meterse otro a la boca.

– ¿Roland?

– Te escucho.

Los sonidos provenientes de mi dormitorio me produjeron escalofríos en todo el cuerpo. Ni siquiera me di cuenta en que momento comencé a sudar, y a temblar.

– Si te pido un favor… sin que hagas preguntas, ¿lo harías?

– Mientras no sea seguir con las clases de tango, sí. Lo que sea.

No pude evitar otra esporádica y repentina sonrisa. Roland puede ser un hombre de muchos talentos, pero sin duda el baile no es uno de esos.

– ¿Cuidarías a mis gatos?

– ¿Cuidar de tus gatos? – Me repitió menos perplejo de lo que esperaba.

– Si.

– Este, ¿Katia…?

– Recuerda, sin preguntas. ¿Puedes hacerlo? – Apenas alcance a pronunciar luego de sentir como se formaba un nudo en mi garganta.

– ¿Sera temporal?

– Eso espero.

Del otro lado de la línea lo escuche suspirar con resignación antes de seguir hablando.

– Lo hare. Solo quiero que recuerdes que tus queridas mascotas y yo somos enemigos naturales. No esperes que…

Antes de Roland tuviera oportunidad de terminar su oración, la luz del apartamento se fue de golpe. Del susto dejé caer el teléfono, y pegué un grito desde lo profundo de mis entrañas. Sin querer pise a Naranja que estaba detrás de mí. El pobre gato salió corriendo por el sobresalto, desapareciendo dentro del baño. Yo en cambio, permanecí quieta en mi lugar, observando las luces que venían de mi dormitorio. En medio de las crecientes palpitaciones, alcancé a escuchar una suave voz. Las palabras que entonaba no tenían sentido, y me estaban produciendo una agonizante dolor de cabeza. De un instante para otro, comencé a echar vapor por la boca debido al descenso tan drástico que hubo en la temperatura. Llegados a ese punto, no sabía si temblaba por el miedo, o por el frio.

Justo entonces, tocaron la puerta.

– ¿Katia? – Escuché decir a mi vecina. – ¿Todo bien ahí dentro?

Mi cuerpo parecía estarse congelando allí mismo, por lo que me obligue a correr en dirección a la puerta de mi dormitorio. Me acerqué con los ojos cerrados, temerosa de lo que pudiera ver allí dentro, y sin dudarlo ni por un instante, cerré la puerta de golpe.

– ¿Katia? – Volvió a decir mi vecina tocando nuevamente la puerta.

– ¡Estoy bien! ¡Solo me asustó el apagón! – Alcancé a decir con el corazón agitado.

– Tengo unas velas por si las ocupas.

– No, muchas gracias. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. – A medida que hablaba, me quedaba sin voz.

Todavía tenia la mano prensada sobre el helado picaporte, y no podía separar mis ojos de los destellos que se escapaban por debajo de la puerta. Por un largo rato, solo podía pensar en lo hermosos que eran esos colores.

El flujo del tiempo se había vuelto loco. No estaba segura si habían pasado unos minutos, o unas horas. El reloj de la cocina estaba detenido, y mi computadora portátil ya no encendía. El frio que sentía era insoportable, daba igual con cuantas cobijas me arropará. Mis gatos se refugiaban conmigo en ese fuerte de edredones que forme sobre mí, y tampoco dejaban de temblar.

Allí sentada en el sofá, me encontraba sumergida en un estado de intermitente consciencia. En ocasiones me perdía en mis recuerdos, los cuales se proyectaban frente a mí, como si los estuviera viviendo de nuevo. El más recurrente era el de mi madre postrada en esa desgraciada cama, donde paso los últimos años de su vida. Odie ese maldito colchón con todas mis fuerzas. Quise quemarlo después de que mi madre murió, pero no tuve el valor de hacerlo. En su lugar, lo traje conmigo. En cierta forma, siento que todavía está conmigo al dormirme allí. Me produce una extraña tranquilidad de la que no puedo desprenderme.

Entonces…

¿Cómo pude permitir que esa cosa usara algo tan sagrado para mí?

Ni siquiera a Roland lo dejado compartir esa cama. Ni a Maeve, ni al abuelo cuando la abuela lo echa de la casa. Nunca permití que nadie más la usara, por ese motivo me sentía frustrada y enojada a partes iguales. No tuve la fuerza de proteger su recuerdo de aquella abominación… ni de mi abuela, ni de nadie. Nunca he podido tener el valor para hacerle frente a nadie. Soy culpable de ser una completa cobarde.

En ese momento… me odiaba mucho más que cualquier otra cosa en el mundo. Sin darme cuenta, había empezado a llorar.

– Ay, mi pequeña Kati. – Sin explicarme como, volví a escuchar la voz de mi madre. – Tienes el mismo llanto que tu padre.

– ¿Cómo lloraba, papi? – Incluso escuche mi propia voz respondiéndole entre sollozos.

– Horrendo. – Bromeó mi madre, tratando de sonreír pese a su deplorable semblante. – Parecía un becerro recién nacido, y no se le entendía una

sola palabra de lo que decía.

Ella siempre supo como hacerme reír, aun en los momentos más tristes.

– Es que no puedo evitarlo. Yo no quiero que te vayas. – Continué balbuceando, aferrándome a su regazo.

– Yo no voy a ninguna parte, ¿Quién te dijo tal mentira?

– ¡Tu! – Pegué aquel grito antes de volver a llorar, perdiendo por completo la capacidad de articular palabras coherentes.

– No, no, Kati. Lo que trataba de decirte, es que tienes que ser fuerte.

– ¡No puedo ser fuerte sin ti!

– Por Dios, Katia, tienes 15 años. – Me dijo ella, tratando de sonreír pese a las lágrimas que corrían por sus demacradas mejillas. – Deja de llorar ya. Lloras horrible.

– ¡No quiero que me dejes como papá!

– Tu papá… tenia que irse, Katia. – Al decir aquello, la voz se le cortó ligeramente. – El no quiso dejarte. Eso te lo juró por mi vida.

– ¿Entonces por qué tuvo que irse? – Reclamé con la voz rasgada.

– Porque nos amaba más que a cualquier otra cosa.

De nueva cuenta el timbre del teléfono me regresó los pies a la tierra. Lo primero que pensé al levantarme fue que había vuelto la luz. Ignoré las lagrimas congeladas en mis mejillas, y con paso tambaleante me acerqué hacia ese ruidoso aparato para contestar.

– ¿Katia? ¿Dónde diablos estas? – Era Maeve del otro lado de la línea.

– En mi casa. – Respondí casi por inercia.

– Mira que lindo, y ¿no piensas venir a clases? ¿no se supone que tenías examen hoy?

– ¿Examen? – Le pregunté todavía algo metida en aquel trance.

Maeve enmudeció por unos segundos antes de responder.

– ¿Te encuentras bien?

– No lo se. – Largué sin siquiera pensarlo.

– Escúchame, Katia. Vas a quedarte allí mismo donde estas. – Replicó Maeve con bastante cautela. – En un rato estaré contigo. No me vayas a colgar.

– De acuerdo.

Voltee a ver el reloj en la pared de la cocina, pero este se encontraba estático en la misma hora del apagón.

– ¿Qué fue lo que hiciste anoche? – Me dijo Maeve.

– Anoche… hable con Roland.

– ¿Qué te hizo ese imbécil ahora? – Su voz se cargó de coraje en el acto.

– Va a cuidar a mis gatos.

– ¿Cómo? ¿Por qué?

No respondí. Ni la primera, ni la segunda vez que Maeve me hizo la misma pregunta. No escuché la tercera, puesto de nueva cuenta dejé caer el teléfono. Todos y cada uno de mis sentidos huyeron a mi control, y se clavaron sobre la puerta de mi dormitorio… que se abría lentamente.

Mis gatos no paraban de gruñir, y Maeve de gritar por el teléfono.

Todo el tiempo a mi alrededor se detuvo, cuando lo vi al otro lado de la puerta.

Capítulo 3

Cillian

Capítulo 3

Si tuviera que ponerlo en palabras, solo podría decir que era como si estuviera contemplando una constelación. Su cuerpo entero parecía esculpido con el propósito de ser perfecto; cada fibra muscular y vena resaltaba en su pálida piel de manera hipnótica. Pese a que su cabeza ahora si estaba pegada sobre sus hombros, no dejaba de transmitir un aura mística, y hasta cierto punto… aterradora. El tinte antinatural de sus pupilas fue lo que volvió a cautivarme, dejándome pasmada en mi lugar, absorta en su mirada.

– Me has servido bien. – Le escuché decir como si estuviera metida en un sueño. – Tu obediencia ha sido impecable.

Culminó sus palabras acercando una de sus manos hasta la parte superior de mi cabeza, como si fuera un amo recompensando a su sabueso. Posteriormente, siguió de largo hacia la sala, observando sus alrededores cargado de serenidad.

Me tomó unos instantes salir del trance en el que me había quedado. Primero me giré en dirección a mi cuarto para ver que fue del cascaron, pero no quedó rastro alguno de este sobre mi cama; bien pude haberlo imaginado, y daría igual.

– Aguarda un momento, tu… este, ¿Cómo? – Empecé a balbucear sin control.

– ¿Dónde está? – El hombre se detuvo en medio de la sala, llevándose las manos a la cintura.

Mis gatos no paraban de gruñir desde el sofá. Así como a mí, él solo los ignoraba, y seguia peinando el cuarto con la mirada. Fue en ese momento, mientras trataba de articular palabras coherentes, que me di cuenta de su completa desnudez, y luego no fui capaz de apartar mi atención de ese hecho.

– Tu ropa… tu ro-ropa, ¿Dónde quedo?

– Respondería tu pregunta, si no fuese tan banal. – Replicó él todavía dándome la espalda. – En lugar de desgastar tu primitivo cerebro tratando de comprender la complejidad del Mantra, necesito que me indiques la

ubicación de la “fuente”.

Estaba entre confundida, atemorizada… y ofendida; no comprendía la mitad de las cosas que decía, pero sentía plenamente el tono despectivo de sus palabras. Armada con un renovado coraje, me dispuse a rodearlo, para colocarme en medio de este, y de mis asustados felinos. Estaba lista para hacerle frente cuando mis ojos me traicionaron; de frente, su desnudez cogió un punto demasiado vulgar, que me obligó a apartar la mirada consumida por la vergüenza.

– Por un carajo… ¡Cúbrete esa cosa!

El hombre me miró confundido por un pronunciado instante, hasta que cayó en cuenta de a lo que me refería, entonces una burlona sonrisa se formó en sus labios.

– Vaya, que primitiva eres. Aunque debo reconocer, que no me sorprende.

– No pu-puedo hablarte mientras tengas esa cosa colgando a la vista. – Bramé enrojecida y enfurecida a partes iguales.

– Escúchame, lo único que necesito de ti, es que me señales la ubicación de la fuente. Es una tarea sencilla. Debería estar a la altura de tus capacidades.

– Por favor, solo ponte algo. – Mantuve los ojos hacia un costado, luchando por no enfocar su falta de pudor.

– Ustedes los nativos siempre hacen un problema de cosas tan insignificantes. – Protestó el hombre de mala gana, antes de soltar un amplio suspiro. – Vamos, ya puedes mirar.

Lentamente giré mi cuello en su dirección, y la sorpresa que me invadió se pudo palpar en mi expresión.

– ¡Dios mío! ¿Qué le pasó? – Chillé en shock al ver como su aparato reproductor había desaparecido.

– ¿Por qué siempre hace falta explicar lo evidente a los de tu especie?

– ¡Tu… tu cosa ya no está!

En su entrepierna lo único que quedó fue un espacio liso, como el que tienen los muñecos de plástico.

– Solo lo retire. ¿No era eso lo que te perturbaba? – Al decir aquello, me

miró desde arriba con ligero fastidio.

– Dios mío, ¿Qué carajos eres? – Lancé esa pregunta dando dos pasos hacia atrás.

Una sonrisa invadió sus labios. En su pecho comenzaron a aparecer múltiples marcas multicolor que se movían como si tuvieran vida propia; al mismo tiempo, uno de sus ojos comenzó a brillar con un tinte macabro, y de su frente emergieron unos cuernos envueltos en sangre.

– Es curioso que lo digas así. – Respondió esa abominación. – Para ti, soy lo más cercano a Dios.

Una fuerte llovizna arremetía contra las ventanas, mientras que un siseante zumbido hacia vibrar mis tímpanos. Era difícil centrar mis ideas teniendo a lo que parece un hombre desnudo en mi cocina, tocando el tomacorriente con el que encendía la licuadora… o la "fuente", como le decía él. Este ya tenía varios minutos allí parado, produciendo ese molesto zumbido. Las luces no paraban de parpadear cada tanto.

Yo me encontraba sentada en el sofá, tratando de calmar la histeria de mis mascotas… sin mucho éxito, probablemente por el incansable temblor de mis manos. No hallaba que decir, mi boca se ha mantenido cerrada desde la última vez que me dirigió la palabra. Tenía tantas cosas en la cabeza, y ninguna terminaba de concretarse. Lo único que era capaz de hacer, era mirarlo con temor.

– Son tantas las emociones que ustedes son capaces de sentir, y es curioso como siempre escogen sentir miedo ante lo que no comprenden. – Me dijo él de pronto.

– No lastimes a mis gatos, por favor. – Apenas alcance a decir con un nudo en la garganta, y los ojos húmedos.

– Esas insignificantes criaturas escapan a mi interés. Aunque, debo reconocer que me intriga el motivo de tu apego hacia ellas. Su esperanza de vida es tan solo una fracción de la tuya.

Sus palabras no me daban alivio alguno, seguia a la defensiva en todo momento.

– Son muy valiosos para mí.

– ¿Por qué? – Preguntó él abruptamente.

¿Por qué?

Esa era una buena pregunta, pero con el temblor de mi lengua no iba a ser capaz de responderle.

Desde que tengo memoria mi madre siempre fue muy cerrada a la idea de tener animales, y mucho menos a consentirlos, pero mi padre, que era un hombre de infinita labia, consiguió convencerla de adoptar a la Gorda. Yo, que siempre estuve rogando por un perro, no me mostré muy entusiasta con la presencia de ese arrogante animal en la casa. Se podría decir que éramos enemigas naturales, y tratábamos de evitarnos tanto como fuera posible. Él único que velaba por esa condenada gata era mi padre, del cual esa bandida no se despegaba ni por un instante.

Después que mi padre se fuera, mi madre se estuvo haciendo cargo de la Gorda, hasta que su enfermedad le quitó las fuerzas. Finalmente, la responsabilidad cayó en mis manos, pero me rehusaba a asumirla. Odiaba a ese animal a muerte, no solo por su insoportable actitud… sino también porque era el vivo recuerdo de la ausencia de mi padre.

– Si tanto lo odiabas, ¿Por qué decidiste cuidarlo? – La voz de esa criatura me sacó de mis divagaciones.

– ¿Qué? ¿Cómo sabes…? – Lo miré consternada.

– Si para este punto todavía no es evidente, te lo dire. Puedo leer tu mente. – Respondió este con total tranquilidad. – Mira, haremos esto más fácil para ti si tan solo respondes las preguntas.

Sudé frio al escucharlo, y traté de centrar mis pensamientos, sin embargo, estos terminaron por desbordarse sin control alguno. El temor se mezcló con la vergüenza, obligándome a abrir la boca para dejar de pensar.

– Intente ponerlo en adopción después que muriera mi madre. – Largué con la mirada gacha. – No lo quería cerca. Lo detestaba. Llegue a un punto… donde deseaba que desapareciera para siempre.

Mientras hablaba, acariciaba el voluminoso pelaje de la Gorda, que se mantenía alerta sobre mi regazo.

– Un día, me encontraba barriendo la casa cuando de reojo me fijé en esa condenada gata. Siempre la veía tirada por toda la casa, pero había un sitio especial donde se ponía cuando empezaba a oscurecer. No hubo un

solo día en el que no se acostara allí, junto a la entrada de la casa.

– ¿Qué tenia de especial ese lugar?

– Me hice esa misma pregunta por un tiempo. El resto del día se acostaba allí donde cayera, pero llegada la hora, volvía a ese sitio. – Noté a la Gorda menos alterada a medida que yo empezaba a serenarme. – Llegué a la conclusión de que se recostaba en ese preciso lugar, para ser la primera en recibir a mi padre cuando volvía del trabajo.

De pronto me puse muy sentimental, y sentí la necesidad de romper en llanto.

– Fue una etapa muy difícil para mí. Sin mis padres, esa casa en Puerto Vallarta parecía el circulo más profundo del inframundo. Nunca en mi vida me había sentido tan sola. A la familia de mi madre poco le importaba, y no tenía amigos cercanos, por lo que no veía escapatoria de esa gélida prisión. Por eso, cuando supe que no era la única atrapada en ese lugar… corrí a abrazarla.

No quiero que nadie sienta que no pertenece a ningún lugar.

– Tu forma de pensar es muy primitiva. – Dijo él mientras las luces parpadeaban. – Esta conversación fue una pérdida de tiempo.

– ¿Lo siento?

– No necesitas disculparte. Fue mi error por poner muy altas mis expectativas.

No me atreví a enojarme, tan solo volví a bajar la mirada.

– De cualquier forma. – Continuó este. – Agradezco que tomaras parte de tu minúscula esperanza de vida para ayudarme en mi estudio.

– ¿Estudio?

No alcance a recibir una respuesta puesto escuché a alguien tocar la puerta. El corazón se me detuvo, y unos repentinos escalofríos

desquebrajaron mi espalda.

– ¿Katia? ¿Estás ahí? – Era la voz de Maeve. – ¿Katia?

– Parece que tenemos visitas. – Exclamó esa criatura despegando su dedo del tomacorriente.

Cuando este enfocó mi pálido rostro, dejó salir una suave risa. Si podía leer mi mente, sabía muy bien el temor que estaba pasando por mi cabeza en ese momento, y su reacción no me tranquilizaba en lo absoluto. Antes de abrir la boca, se echó el cabello hacia atrás de forma elegante.

– Tranquila, no voy a lastimarlas. Hacerlo sería tan fácil, que me hace perder el interés.

Sus palabras me hicieron sentir muchas cosas, pero tranquilidad no era una de ellas.

– ¡Oye, Katia! ¡Ya me dijeron que estás ahí dentro! ¡Mas te vale abrirme! – Maeve seguia golpeando la puerta.

– Ya escuchaste. Abre. – Me dijo él mirándome directo a los ojos.

– ¿Qué piensas hacer? – Lo interrogué temerosa.

– Como ya dije, vas a ayudarme con mi estudio. – Sentenció calmadamente. – Si tu no la abres, tendré que ir yo.

Al verlo salir de la cocina para acercarse a la puerta, me apresuré a levantarme del sofá, cuidando de no zarandear mucho a la Gorda. En cinco pasos me interpuse en su camino, y al tenerlo de frente… tragué grueso.

– Hare lo que digas, pero… ¿podrías esconderte? – Murmuré con la frente perlada en sudor.

– ¡Katia! ¡Abre, por favor! ¡Ya me estas preocupando! – Maeve se estaba poniendo inquieta.

– ¿Esconderme? – Me soltó esa abominación mientras se llevaba las manos a la cintura.

– Sera muy complicado explicarle a mi amiga, ¿Por qué hay un hombre desnudo en mi apartamento?

– Quédate tranquila, ni siquiera notara mi presencia. – Al decir eso, se

cruzó de brazos y se recargó en la pared que tenía a un costado.

– ¡Estoy a punto de tirar la puerta, Katia! ¡Sabes bien que puedo hacerlo!

– Por favor. – Se lo imploré juntando las manos frente a mi pecho.

– No veo la necesidad de esconderme como si fuera un…

– ¡Por favor! – Volví a implorar casi al borde de la histeria.

Él no se tomó nada bien que lo hubiera interrumpido, y me lo hizo saber con la inquisitiva mirada que me clavó, no obstante, luego de eso accedió con un brusco gesto. En lo que este se iba a meter al baño, yo pegué dos zancadas hasta la puerta para abrirla, en el instante que él cerrara la suya.

Del otro lado atrapé a Maeve a nada de lanzarle una patada a la puerta. Esta iba vestida con unos vaqueros celestes y una chaqueta de cuero café.

– Maeve. – Apenas alcance a pronunciar su nombre, mientras mi corazón late a toda carrera.

Sin palabra alguna de por medio, la pequeña pelirroja se abrió paso al interior echándome las manos al rostro.

– ¿Te estas drogando, Katia? – Me hizo aquella pregunta demasiado seria.

Negué con la cabeza rotundamente.

– Entonces, ¿Cuál es tu maldito problema? – Luego de soltar mi cara, Maeve me clavó una mirada de preocupación.

No tenía idea de por donde empezar, y para colmó se me enredó la lengua cuando traté de balbucear alguna excusa.

– Estaba muy preocupada. – Al decirme aquello, se aseguró de apretarme ambos antebrazos. – Pensé que ibas a hacer algo… estúpido.

– Lo siento. – Agaché la mirada avergonzada. – Tengo la cabeza hecha un caos en este momento.

– ¿Quieres hablar de eso?

Me limité a negar de nueva cuenta con la cabeza. Lo último que quería era

involucrar a Maeve en esto.

– No te ves nada bien, Katia, ¿siquiera has dormido?

Apenas hasta ese momento fue que sentí de golpe todo el cansancio de mi cuerpo.

– Fue una noche difícil. – Murmuré. – Necesito descansar un poco para acomodar mis ideas.

– ¿No quieres que me quede?

– Estaré bien, Maeve. De verdad te lo agradezco, pero no quiero que faltes a clases por mí.

– Quédate tranquila que voy muy sobrada en la nota.

– Eso no es cierto. – Le dije tras alzar la barbilla para encontrar su mirada. – No puedes darte el lujo de faltar.

De lo tantos talentos de esa pelirroja, estudiar no era uno de ellos. Lleva arrastrando Bioestadística desde el primer semestre.

– No tenias que decirlo tan feo. – Me reclamó esta con una ligera sonrisa. – ¿Segura que estarás bien?

– Te lo aseguro. Ahorita solo voy a…

Enmudecí de golpe al ver a mi novio asomarse desde afuera. Roland tendía a hacerse notar bastante, no solo por su altura, si no también por su innata sonrisa de revista, que resaltaba mucho más gracias a su piel oscura. Esconde una pronunciada calvicie con un gorro beige bastante moderno, y compensa su falta de cabello con una robusta barba. Es un hombre bastante friolento por lo que encima de su grueso suéter de lana lleva una abombada chaqueta azul marina.

– Yo sabia que esos gritos los conocía. – Exclamó Roland de manera risueña.

Sin voltearse a verlo, Maeve le cerró la puerta en la cara utilizando su pie.

– ¡También es un gusto verte, Maeve!

– ¿Ibas enserio con pedirle que cuidara tus gatos? – Me interrogó Maeve con una severa expresión.

– Solo será por unos días mientras… arreglo unas cosas. – Luego de responderle, la esquivé para abrir la puerta.

No fue una decisión fácil, pero hasta que no pudiera resolver ese bizarro asunto, mis felinos estarían mejor tan lejos como fuera posible de allí.

– No te ves muy bien, linda. – Roland me plantó un beso en la frente antes de entrar al apartamento.

– Disculpa por molestarte con esto. – Le dije cruzándome de brazos.

– No es ninguna molestia. Sabes que cuentas conmigo para lo que sea.

– De pronto sentí ganas de vomitar. – Maeve se notaba bastante malhumorada.

– Deberías ir a revisarte, ese podría ser un síntoma de embarazo. – Replicó Roland sin perder la sonrisa.

– Nadie pidió tu opinión.

La tensión entre ambos estaba creciendo de manera exponencial, por lo que debía de apresurarme para despacharlos lo antes posible. Fui a buscar las jaulas de mis gatos que se encontraban en mi cuarto mientras mi novio y mi mejor amiga se seguían lanzando puyas. La primera que cogí fue la de Roñoso, que era el más difícil de encerrar.

No había dado ni siquiera tres pasos fuera del cuarto, cuando de reojo veo como se abre la puerta del baño. En el instante que lo vi salir, el corazón se me subió al cuello, y la sangre se me congeló en las venas.

– No pienso permanecer allí encerrado un segundo más. – Lo escuché protestar indignado.

Mi primera reacción fue arremeter desesperadamente contra él, para intentar empujarlo de vuelta al baño, pero fue tan inútil como tratar de derribar una pared de ladrillos. De cualquier forma, ya era demasiado tarde, tanto Maeve como Roland se encontraban viendo en mi dirección. Traté pensar a toda carrera en alguna excusa que explicara la presencia de aquel fornido hombre al que me aferraba en ese momento, pero todos mis pensamientos cesaron de golpe al escuchar a mi mejor amiga.

– ¿Estas bien, Katia? – Me preguntó la pelirroja sorprendida.

Miraba a ambos mucho más confundida que ellos, tratando de comprender el motivo por el cual ignoraban al hombre desnudo en medio de la sala.

– ¿Ocurre algo? – Roland fue el siguiente en preguntar.

– Es-estoy bien. – Murmuré todavía bastante exaltada. – Solo me… tropecé.

– No deja de resultarme divertido lo primitiva que eres. – Se burló esa criatura, apartándome de su torso con suavidad.

Seguido por mi desconcertada mirada, él se aproximó hacia Roland y Maeve, quienes no tardaron en retomar su discusión. Sin cuidado alguno les paso por un costado, y dio un par de vueltas alrededor, hasta terminar parado en medio de ambos. Desde ahí, me dedicó otra burlona sonrisa.

– Por si todavía no es evidente para ti… solo tú puedes verme.

Despedirme de mis gatos fue mucho más difícil de lo que esperaba. Sentí un terrible dolor al meterlos en las jaulas, uno que solo podría comparar con romperme todos los huesos de las manos. No todos se fueron con Roland, puesto Maeve insistió en cuidar al menos de uno, por lo que la distribución estuvo de la siguiente manera: Mi novio se haría cargo de los exquisitos paladares de Roñoso y Naranja, mientras que mi mejor amiga se llevaría consigo a la Gorda. Aquella decisión me pesaba más y más, a medida que subía los escalones de vuelta hacia mi apartamento.

Al entrar, lo encontré a él sentado en el sofá de la sala. Ambos brazos los tenia estirados a los costados del respaldo, y sus piernas estaban cruzadas de manera elegante, disimulando ligeramente su falta de ropa.

– Ustedes los nativos son una caja de sorpresas. – Esas fueron las palabras con las que me recibió.

– Tengo muchas preguntas, pero imaginó que ya sabes cual es la que estoy pensando ahora mismo.

– Estas aprendiendo, eso me gusta. – Me dijo con jocosidad. – Y descuida, tendremos tiempo para conocernos mejor.

– ¿Cuánto tiempo? – Entrelacé mis manos algo nerviosa.

– Hay cosas que no tienes que saber.

Apreté mis manos y traté de no perder el control de mis pensamientos.

– Antes mencionaste algo sobre un estudio…

– Tu memoria a corto plazo funciona. Impresionante. – Me dedicó una complacida sonrisa. – Quiero estudiar tu primitiva cultura, y tu me ayudaras con eso.

– ¿Por qué?

No me respondió. Este solo ladeó su cabeza hacia un lado, manteniendo esa inquietante curvatura en sus labios.

– ¿Puedo al menos saber tu nombre? Tu ya sabes el mío.

– Tu primitiva mente no seria capaz de siquiera procesarlo, Katia.

– Entonces, ¿Cómo debo de llamarte?

Se tomó un momento para pensarlo, sin apartar esas antinaturales pupilas purpuras de las mías.

– Te doy permiso de llamarme…

Cillian.